

La teoría unificada es luego desarrollada, incorporando los límites que impone la sociedad sobre la desigualdad. Se argumenta que el modelo es consistente con los siete hechos y Figueroa luego se ocupa de las implicancias de política de la teoría unificada. Estas incluyen la necesidad de un cambio radical de las condiciones iniciales entre el Primer Mundo y el Tercer Mundo. Las dos políticas que lógicamente siguen de esto son crecimiento económico cero en el Primer Mundo y una redistribución radical del Primer Mundo al Tercer Mundo. Figueroa, que se muestra tremendamente audaz hasta este punto, luego pierde coraje y concluye que cualquiera de esas políticas sería muy difícil de lograr y que los actores económicos son por ende incapaces de cambiar de manera exógena la distribución de los activos. Él considera que la solución a ese acertijo es el problema central de nuestro tiempo.

Ningún lector puede ser persuadido de todo esto, dado que se pueden criticar todas o algunas de las regularidades empíricas, los supuestos de los modelos, la construcción de los modelos mismos y las implicancias de política. Sin embargo, el lector tendría que ser muy ciego para no estar de acuerdo con que Figueroa ha hallado algo importante. Los modelos económicos convencionales son muy insatisfactorios para explicar las grandes regularidades empíricas que él detalla y recurren con frecuencia a subterfugios no popperianos para evitar la refutación. Figueroa merece ser leído y en mundo ideal este libro debería convertirse en lectura obligatoria para los estudiantes de todo el mundo.

Victor Bulmer-Thomas

Institute of Latin American Studies, Universidad de Londres

Gil, Vladimir. *Aterrizaje minero. Cultura, conflicto, negociaciones y lecciones para el desarrollo desde la minería en Ancash*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2009. 431 pp.

El libro de Vladimir Gil estudia las causas de los conflictos y las formas de negociación que surgen en el escenario del encuentro de una nueva mina con las comunidades de lugar. Se trata de un recuento empírico centrado en las reacciones (conflictos y negociaciones) de todos los actores sociales a la llegada del proyecto minera Antamina en la región de Ancash. El estudio abarca, entonces, todo el tiempo en que la mina es instalada (1996-2003) y el autor ha hecho una etnografía multilocal en los pueblos de San Marcos, Huaripama, Ango Raju, Huallanca (en donde el primer pueblo es el afectado por Antamina y los otros a donde los desplazados terminaron yendo).

Lo que el autor extrae, luego del estudio de las consecuencias del aterrizaje minero (un muy buen término para resumir el entramado de consecuencias y conflictos que surgen de la aparición de una minera «de nuevo tipo» en medio de comunidades «tradicionales»), es la tesis de que existe una viabilidad de esquemas de extracción minera

a través de un efecto inesperado: el mejoramiento de la participación civil. Esta consecuencia va más allá del saber establecido respecto a los efectos mineros y tiene todos los visos de ser contra intuitiva. Sin embargo, Gil la sustenta empíricamente. La idea es que los conflictos que surgen con el «aterrizaje minero» crean un espacio para que las poblaciones marginadas puedan reconocerse como ciudadanos y luchar por sus derechos, logrando esto a través de la reapropiación de discursos democráticos estatales y formas de participación. Esta posibilidad de reinsertarse en un discurso ciudadano surge de los procesos conflictivos que incluyeron desalojos masivos, por un lado; negociaciones y reestructuraciones del proyecto inicial de la minero, por el otro; a la vez de nuevos esquemas de participación ante la degradación ambiental.

Gil observa que los estudios de impacto ambiental, aunque no estaban en un inicio elaborados para que las comunidades puedan participar o entenderlos, se han tornado un elemento de negociación que logra ligar corporaciones globales con las comunidades afectadas. Asimismo, se instauró una dicotomía entre los pobladores que debía elegir entre conservación del medio ambiente y el desarrollo. También varias concepciones de medio ambiente se encontraron en pugna entre los distintos actores (ONG, minera, pobladores, etc.). Sin embargo, es el caso de la construcción del mineroducto, que impidió que se deprede el Parque Nacional Huascarán con el transporte de los minerales vía camiones, el mejor ejemplo para observar cómo el discurso ambientalista propiciado por la presencia de la mina (y la consecuencia obvia de intervención de las ONG) permite articular participación ciudadana en el sentido de negociaciones —que llegan hasta los más altas esferas financieras mundiales— que lograron alterar los planes iniciales de la empresa.

Otro proceso que también aborda Gil es el de las ideas de desarrollo que se pusieron en escena. En esta sección el aporte de Gil es bastante similar al de Guillermo Salas Carreño en su libro sobre Antamina (*Dinámica social y minería. Familias pastoras de puna y la presencia del proyecto Antamina (1997-2002)* Lima: IEP, 2008). Sin embargo, además de observar ambos estos desencuentros en las ideas de desarrollo, Gil señala que estas demandas insatisfechas se tornaron en iniciativas de participación y ciudadanía; tanto así que se han llegado a instalar en el debate público político, donde actualmente se discuten cuestiones tales como el canon o las regalías mineras. También sugiere que el descontento hacia las minas puede ser pensado en términos globales como un descontento hacia las iniciativas de privatización neoliberales de las que se esperaba algo (esto, obviamente dentro de cierto imaginario clientelista). Esta cuestión es duda central en la política peruana.

Finalmente y para redondear la tesis novedosa del libro, Gil menciona que en un artículo de la revista *The Economist* (2005) se dice que ahora en Perú la responsabilidad social y ambiental son un costo más para la minería. Asimismo, desde los años noventa han proliferado consultoras y mesas de conciliación y negociación. En general, la población se reconoce con derechos y tiene una demanda de ciudadanía y Estado frente a la aparición de las minas. Así de esta manera, Gil propone que, en el largo plazo, conflictos similares (como el de Tintaya hacia 2008, que nuevamente propuso la creación de mesas de

concertación) surgirán y posibilitarán la existencia de una participación activa de las comunidades respecto al desarrollo del país, situación que considera positiva sin atenuantes.

Respecto al trabajo etnográfico y revisión de las consecuencias de los reasentamientos el trabajo coincide con el anteriormente mencionado trabajo de Salas Carreño (en donde se hace un exhaustivo y notable trabajo de antropología económica). Una diferencia clave puede estar en que Gil menciona la importancia de la interacción con los comuneros y sus reclamos para que la mina tome una postura de contacto con la población, mientras que Salas menciona que ese era un discurso que ya tenía la minera y que tuvo dificultades de actualizarse en la práctica.

La tesis del libro resulta importante por varias razones. En primer lugar, rompe el saber establecido de evaluar las consecuencias de la minería como algo negativo. Con esto no quiero decir que creo que las consecuencias de la aparición de Antamina en San Marcos (desalojos, contaminación, etc.) sean positivas, sino más bien que se evidencia que antes de la presencia mina la cosa no era mucho mejor. En otras palabras, se desbarrata el discurso que ve como solución a los conflictos mineros un retorno al *status quo* anterior, en donde las comunidades pasaban desapercibidas en su pobreza de la escena de la política nacional. No hay que esforzarse mucho para advertir que esta postura es conservadora, en el sentido que prefiere el retorno a un momento en que la participación política (principalmente su demanda por Estado) de las comunidades estaba invisibilizada. De esta manera (si pensamos el argumento en el límite) y puede que no sean las intenciones del libro, Gil se aproxima a la idea de tomar en cuenta una modernidad andina (y su potencialidad política) en oposición a esquemas antropológicos clásicos donde se persiste en la inamovilidad de tradiciones (que a pesar de las buenas intenciones redundan en inamovilidad social y política).

Siguiendo esta misma línea, se puede tomar el esquema del libro como hoja de ruta para estudiar los nuevos conflictos comunidades-minas o comunidades-extracción de hidrocarburos que han surgido en los últimos diez años. Al imaginar esos nuevos estudios que pueden surgir también me surgen preguntas para hacer al estudio de Gil, una de esas (tomando en cuenta los movimientos más recientes) sería indagar por el papel del componente étnico en estas disputas, cómo estas variarían en función de la prominencia de este factor. Asimismo, y ya saliéndonos de los linderos disciplinarios en los que se enmarca el proyecto de Gil (aunque los temas que este trata anima a tomarse esas libertades y esto dice mucho sobre la relevancia del tema), también serviría interrogar por el lugar del mito (o las religiosidades) en el momento de activarse estas reacciones políticas ante la llegada del capital.

Finalmente, es importante que Gil haya tratado de establecer la cultura política que existe en el momento en que se dan estos conflictos y negociaciones, ya que esto permite racionalizar ciertas reacciones que van más allá de un análisis político de expectativas racionales.

Stephan Gruber Narváez
Pontificia Universidad Católica del Perú